



## LA FUERZA CALLADA DE LOS INMIGRANTES

Por June Carolyn Erlick

21 de febrero 2021

**L**os correos llegaron a mi buzón electrónico desde lugares apartados en el vasto mapa de los Estados Unidos: Nebraska, Ohio, Carolina del Sur y otros poco conocidos por su interés en América Latina. Todos pedían un ejemplar impreso del número monográfico de la revista acerca de Guatemala y el legado de la intervención de Washington en ese país centroamericano.

¿Acaso una súbita curiosidad por las políticas de intervención? ¿Quizás alguna película o telenovela que despertara especial curiosidad, como *Café con aroma de mujer* hizo para Colombia en todo el mundo o como ha ocurrido con las costumbres turcas gracias a los culebrones made in Istanbul? Finalmente, una lectora resolvió el misterio. Las solicitantes —todas mujeres— habían adoptado niños y niñas guatemaltecas, y querían explicar a sus hijos e hijas la relación histórica (y trágica) entre los Estados Unidos y Guatemala.

En mis dos décadas de fundadora y editora de *ReVista*, the Harvard Review of Latin America, he descubierto que los vínculos entre la América del Norte y la que se despliega al sur del río Grande son, a los ojos del pueblo, un asunto tremendamente personal.

En este nivel difieren de la diplomacia y los enfoques oficiales. Estamos ante un nuevo enfoque que podría modificar sustancialmente la relación entre el norte y el centro y sur del continente,

Mientras la política oficial se dirige hacia el Medio Oriente, Rusia y la China, las redes de ciudadanos y ciudadanas examinan con creciente interés personal los puentes entre las tres Américas. Ello se debe, en parte, a que los Estados Unidos se están volviendo más latinos. En 2019, la población hispana llegó a los 60.6 millones, 10.1 millones más que en 2010. Después de los asiático-americanos, los hispanos son el grupo étnico que más rápido crece, hasta alcanzar el 18% de la población. Mexicanos y puertorriqueños (ciudadanos estadounidenses de nacimiento) constituyen el grupo mayor, seguido por salvadoreños, cubanos, dominicanos, guatemaltecos y colombianos.

Ya no solamente son las madres de hijos adoptivos las que se preocupan por las relaciones entre su país y el de George Washington y Elvis Presley. También sus hijos y sus nietos, sus vecinos, sus maestros y toda la gente que conoce las manifestaciones de la cultura popular latinoamericana, desde la comida hasta la música, y aprende a adorar el fútbol y bailar salsa, y acaba

#Soytejadelosdanieles

Apoya con una teja virtual tocando aquí

cuestionando la relación entre América Latina y los Estados Unidos.

La cultura popular —que en cierto modo refleja el incremento de población latina— es clave para estimular este creciente interés. Shakira ha llamado la atención de muchos estadounidenses no solamente por su música (¡como si no fuera suficiente!), sino con su obra social. Ricky Martin y Bad Bunny han influido para que muchos jóvenes mediten acerca de la relación de su país, Puerto Rico, con Estados Unidos.

Pero este interés personal y apasionado no es un fenómeno nuevo: lo novedoso es su veloz crecimiento. Desde las guerras en América Central en los años ochenta ha habido entidades de solidaridad, iglesias, sectores formales e informales que militan en pro de la paz y la justicia y luchan para imponer embargos o quitarlos, para defender migrantes y refugiados, para establecer grupos de defensa legal. Muchas personas que regresaron del Cuerpo de Paz o del programa Fulbright en América Latina se transforman en activistas, se convierten en académicos... o suman las dos actividades. En los Estados Unidos esta diplomacia informal cuenta.

Los grupos que hacen cabildeo con sus congresistas en Washington DC puedan llegar a cambiar o modificar la diplomacia clásica. No solo para la gente progresista las relaciones continentales tienen un toque intensamente personal. Hay cubanos, venezolanos,

nicaragüenses y al menos una parte de la comunidad colombiana para quienes el miedo al comunismo motiva la perspectiva con que observan la política entre Estados Unidos y Latinoamérica. En la Florida, durante las elecciones recientes, fue posible ver los resultados de esa diplomacia personal desde el lado conservador.

Mientras la nueva administración Biden trata de establecer unas pocas prioridades en América Latina, numerosas voces intentan darse a conocer. En muchos casos pueden exhibir prioridades comunes, como una estrategia sensata sobre migración y una relación más abierta con Cuba. Sin embargo, por lo que veo desde mi perspectiva de editora de la ReVista,

también aparece un nuevo fenómeno en la óptica popular. Hay quienes comienzan a ver a América Latina como parte muy importante, estratégica y multilateral en lo referente al cambio climático. Hay también quienes miran a la región y sus avances en cuestiones de género y de raza y los que examinan programas sociales, como la bolsa familiar en Brasil.

En otras palabras, la óptica popular no solo observa, como antes, la relación particular de un país con los Estados Unidos, sino que enfoca a América Latina como una región que comparte problemas y soluciones con su vecino del norte. Esto es una novedad capaz de crear nuevos y más equilibrados puentes.

Las relaciones  
entre EE. UU y  
América Latina ya  
no las cambian los  
gobiernos, sino la  
gente.